

VIDA, IDENTIDAD, PAZ Y TRABAJO COMO VALORES PREVIOS DE LA DEMOCRACIA

Pablo López López. Jerez

Lógica e históricamente encontramos, primero, el grado de humanismo exigido por la democracia como condición y preparación indispensables para su vivencia moral y, en consecuencia, para sus aplicaciones. A continuación, el humanismo que la democracia, en sí y en sus aplicaciones, acrisola al ir formándose y perfeccionándose ella misma. *A la democracia puede sólo llegarse desde un humanismo básico.* Es la síntesis de los *valores previos* de la democracia, valores fundamentales para la vida social humana y de general y muy amplio significado. *Asentados sin menoscabo alguno en la sociedad, se pulen y cobran su sentido último en los valores centrales y definidores de la democracia,* los neta y cardinalmente específicos del hombre. A través de éstos alcanzan a particularizarse y precisarse en las múltiples y tipificadas facetas de la existencia humana, es decir, dentro de *los valores consecuentes* de la democracia, los propios de dichas facetas tipificadas y que son derivación analítica de los valores centrales. En la correlación entre axiología y antropología distinguimos en los valores previos ora la dimensión biológica humana, ora la psico-sociológica. Los valores definidores son filosóficos, de antropología filosófica y, más en particular, del núcleo de la ética. Los consecuentes también son éticos (al menos los inmediatamente derivados) o deontológicos, de suerte que se especializan según los diversos campos y desembocan de modo directo en las aplicaciones.

Los valores previos son *tan elementales, que deben venir reconocidos y custodiados por todos los medios lícitos de la actividad pública política.* El bien común mínimo, el conseguible con medios públicos y que no es poco, es el que compete a la política. Si se lo disminuyéramos, no le quedaría nada y a nosotros nos faltaría el pie sólido y garantizado desde el que crecer en sociedad. Si se lo aumentáramos, invadiríamos ámbitos de la creatividad social y de la conciencia personal. La política puede sólo respetarlos y poner sus medios a disposición de ellos. Conviene, además, destacar el papel de reconocedor humilde por parte del pueblo en cuanto ente político. El pueblo, el hombre, no ha creado la vida, por ejemplo, sino sólo la transmite y favorece, a menos que decida atentar contra ella. Su papel es el de *atento y sabio reconocedor de lo que básicamente le viene dado,* precisamente para que él lo desarrolle y, así, él se desarrolle. El humano puede y debe autorrealizarse: ésta es su libertad. Pero no se ha autocreado. Ha de conocer y reconocer las «reglas del juego», las preciosas «reglas del juego», de su propio ser. Si a su antojo pretende manipularlas, se destruye. Y también en el sentido de la autorrealización, para organizar la educación y la formación, resulta iluminador el discernir cuáles son los valores previos, los centrales o definidores y los consecuentes. Ocupémonos ahora de los capitales valores previos, básicos o propedéuticos, que a nuestro entender son, en este orden, la vida,

la identidad, la paz y el trabajo.

1. *La vida*

Con facilidad se admite que la vida es el valor más básico, el primero¹, el problema moral y político más grave en relación a la vida es *el aborto*. Aún más que en el número abrumador de víctimas, cada año más de cincuenta millones de abortos provocados o directos en el mundo² *el problema radica en la abundancia de confusión y de laxitud ante tal práctica*. Incluso se llega a la exigencia de que se facilite políticamente. Por ello y por los poderes que lo sustentan, es el atentado contra la vida más consentido y silenciado. El aborto representa *el termómetro moral básico de una sociedad*. En primer lugar, porque está en juego el valor de la vida humana, y de tal suerte, que, si bien la vida intrauterina no vale más ni menos que la del postparto, su aniquilación implica mayor crueldad por ser la víctima principal una persona indefensa y los responsables inmediatos los transmisores de la vida, los padres, y el supuesto encargado de velar por ella, el médico. En segundo lugar, porque afecta a casos que claramente ya no podrán darse en los que aceptan el aborto. Legalizado el aborto, absuelto de constituir una quiebra básica y sin paliativos del mínimo bien común, lo más lógico sería que se legalizara todo tipo de asesinato o al menos el filicidio y, en correspondencia con los llamados «supuestos», por ejemplo la eliminación de todas las personas fruto de una violación, de todas las notablemente disminuidas, de las difíciles de mantener o de las que originasen problemas psíquicos a otras. Bien puede pensarse que la penalización y la general condena de los homicidios cometidos sobre personas que ya han visto la luz, no obedece al respeto incondicional de la vida humana, sino al interés individualista de preservación³. No hay humanismo, sino un mero contrato, una compraventa.

Tampoco hay lógica alguna en dividir el embarazo entre un primer periodo en el que se permite y hasta fomenta el aborto, y un segundo en el que se pretende respetar al feto. Aquí llegamos a la cuestión clave: *¿desde cuándo hay, si acaso llega a haberla, una vida humana distinta y propia en el seno de una mujer?* Hay una respuesta científica y objetiva, aceptada por todas las personas bien informadas de cualesquier postura. La respuesta no depende para nada ni de confesión religiosa alguna, ni de «conservadurismos» o «progresismos», como recalcitrantemente esgrimen algunos partidarios del aborto (de practicarlo o de que puedan practicarlo otros). Puesto que nos preguntamos por la aparición de una nueva vida humana, la solución habrá de darla la biología. La valoración ética se atendrá al hecho. Y bien, si vida humana en sentido de «parte de vida humana» no deja de haber en los gametos masculino y femenino, que sólo tienen veintitrés cromosomas, la nueva vida humana, el nuevo ser humano, existe desde que los gametos o células sexuales masculina y femenina se

¹ Por ejemplo vid.: (a) J. Finnis, *Natural Law and Natural Rights*, Oxford, 1988, p. 8. (b) AAVV., *Carta dei fondamentali valori umani*, id., p. 26. (c) W. Walter, id., p. 48

² Cf. A. López Trujillo, Conferencia sobre el aborto, pronunciada en la Univ. P. Lateranense, Roma, 20-4-91

³ Según J. Finnis (id.): «A first basic value, corresponding to the drive for selfpreservation, is the value of life».

funden, perdiendo sus propias identidades: esto es *la fertilización o concepción*. Entonces ya existe una célula completamente nueva y distinta, el cigoto u óvulo fecundado, definida por sus propios cuarenta y seis cromosomas. A lo largo de su velocísimo crecimiento, a través de los estados de mórula, blastocito, embrión y feto y que continuará tras el parto, seguirá siendo el idéntico y único ser humano. Como a cualquier niño en crecimiento, al cigoto sólo hay que aportarle nutrición. A los dieciocho días de la concepción late el nuevo corazón humano. A las once semanas todos los órganos funcionan.

La legalización del aborto aglutina *la más flagrante demagogia de hoy en día*. Por límites de espacio no podemos ahora responder a todas las objeciones contra la prioridad del valor de la vida humana⁴, mas el hecho capital de que el aborto mata a un ser humano, ya ha podido quedar claro. Este hecho y la demagogia de que se ha cubierto, son reconocidos con cándida elocuencia en un editorial de la revista abortista «California Medicine»: «The reverence of each and every human life has been a Keystone of Western medicine, and is the ethic which has caused physicians to try to preserve, protect, repair, prolong, and enhance every human life. Since the old ethic has not yet been fully displaced, it has been necessary to separate the idea of abortion from the idea of killing which continues to be socially abhorrent. The result has been *a curious avoidance of the scientific fact, which everyone really knows, that human life begins at conception, and is continuous, whether intra -or extra- uterine, until death*. The very considerable *semantic gymnastics* which are required to rationalize abortion as anything but taking a human life would be ludicrous if they were not often put forth *under socially impeccable auspices*. It is suggested that *this schizophrenic sort of subterfuge* is necessary because, while a new ethic is being accepted, the old one has not yet been rejected»⁵. Los «supuestos» son casi siempre puro engaño y se permite el aborto sea cual sea el caso. Así, en 1970 el 98,3% de los abortos en California se ampararon en una pretendida protección psíquica de la madre, mientras que en Nueva York, donde este pretexto no era necesario, sólo se utilizó en un 3%. En una de las sociedades más ricas del mundo, la de la antigua Alemania Federal, en más de un ochenta por ciento se apela a dificultades económicas («indicación social»). Pero lo que sí es cierto, es el enorme interés económico (clínicas abortivas, algunos cosméticos, «ahorro» social en instrucción y mantenimiento, etc.) que respalda el aborto, y que poco o nada se cuida de los efectos que con frecuencia sufre la mujer que aborta, ni de ayudar al niño y a la madre antes y después del parto, como, en cambio, sí hacen los defensores de la vida⁶.

Lo que a nosotros nos interesa en definitiva, es que *con el sostén más o menos consciente de gran parte de la sociedad y de las instituciones el aborto destruye vidas humanas y, por tanto, toda posibilidad de democracia*. De preguntarnos si rige la democracia en

⁴ Consúltese por ejemplo la obra de E.C. Freiling y otros *The Position of Modern Science on the Beginning of Human Life*, Thaxton, 1984) que nos ha facilitado los datos biológicos en su mayor parte, da respuesta a bastantes objeciones (sobre la partenogénesis, los gemelos y la recombinación, el significado de la implantación, la aparición del alma, etc.) y trata, en relación al aborto, sobre el concepto de persona.

⁵ *Ib.*, pp. 12-13. El realce es nuestro.

⁶ Por ejemplo, en EE.UU. hay en funcionamiento por parte de los grupos pro-vida más de mil programas gratuitos de apoyo al niño y a la madre.

un país donde no se permite el voto a un sector de personas e incluso se discrimina en otros aspectos a este sector, como ha sido el caso de Sudáfrica, responderíamos sin dudar que en tal país no hay democracia. Pues bien, quitarle impunemente la vida a un sector de personas es más grave aún, es desvirtuar el derecho para quitarle todos los derechos⁷. ¿Qué diálogo, altruismo y libertad cabría con ellas?

La manipulación genética y la experimentación con embriones son también violaciones de la vida intrauterina. Mas repasemos otros ámbitos problemáticos del respeto a la vida. *El hambre y las epidemias* se cobran también cada año muchísimos millones de víctimas salvables, ensañándose de nuevo con la infancia: cada día se nos mueren de hambre o de enfermedades conexas cuarenta mil niños⁸. *La guerra*, habitual explosión de situaciones de miseria y gran injusticia, y agitada con frecuencia desde las más altas esferas de la política internacional, suele desatarse precisamente donde ya azotan hambre y enfermedades. En las sociedades opulentas se va abriendo paso *la eutanasia*. Así, según el doctor neerlandés Van der Sluis en su país se aplica irresponsablemente, alcanzándose, cada año alrededor de diez mil víctimas⁹. *La pena de muerte* se practica en buen número de países (por ej. Irak, Irán o EE.UU.), donde también desmiente la pretendida democracia de algunos de ellos. Tal contradicción se remonta a Rousseau¹⁰ y en sistemas como el norteamericano se impone incluso a menores de edad y disminuidos psíquicos. ¿Quién entre nosotros es dueño absoluto de la vida? ¿Acaso soluciona la criminalidad? Si se quiere impedir una verosímil reincidencia, ¿por qué no basta la cárcel?, ¿o en el fondo se busca venganza? Otro síntoma del fracaso de una sociedad es la desesperación de sus miembros, que culmina en *el suicidio*, hoy creciente de modo alarmante en los países industrializados. En sociedades donde no se respeta la vida ajena, es esperable que se llegue a despreciar la propia, pues se trata del mismo valor: la vida humana. Por esto se acaba en un momento con ella o se decide no vivirla conscientemente, combinando con una autodestrucción a medio plazo (por ej. con drogas)¹¹. Y por lo mismo es incoherente defender la vida humana en algunos casos, con la exigencia de la muerte o la pasividad en otros (por ej. pena de muerte no, aborto sí o viceversa). *La esterilización masiva* que, como en el caso padecido hoy por Brasil, introducen países ricos en países pobres, y el hijo único obligatorio de los comunistas chinos atentan contra un

⁷ A igual conclusión han llegado por ejemplo T.J. O'Donnell («Abortion» New Catholic Encyclopedia, Washington D.C., 1967, vol. 1, p. 29): «It [abortion] strikes at the roots of the democratic way of life and would, if generally admitted, make *life in any society an insecure thing at best*; y J. Ratzinger (tomado de ABC, Madrid, 19-4-92, p. 56), según el cual las leyes antivida son «fundamentalmente *totalitarias* en el interior de la sociedad, y, por parte de los países desarrollados de Occidente, son *imperialistas* en relación al Tercer Mundo, que se intenta contener con políticas demográficas que no se detienen ante ningún medio» (realce nuestro).

⁸ Cf. AA. VV. (Club of Life), *Unser Kampf für das Recht auf Leben und die Entwicklung aller Völker*, Wiesbaden, 1991, p. 10.

⁹ Cf. Van der Sluis, *Unfreiwillige Euthanasie in Holland*, conferencia en Munich, 11-12- 1988, tomado de *ib.*, p. 5. Finalizando los noventa esta cifra se ha duplicado.

¹⁰ Cf. J. J. Rousseau, *id.*, pp. 132-4

¹¹ *El martirio*, que etimológicamente significa testimonio, es absolutamente diferente. El mártir no se quita la vida, sino que antes de traicionar la plenificación de la vida, la suya tras la muerte corporal y, altruistamente, la de los demás, prefiere ser víctima de asesinos. Fue el caso de Sócrates, Jesús y Maximiliano Kolbe.

derecho tan humanista como el de transmitir vida humana y cuidar de ella. Tampoco podemos olvidar en ningún momento un problema no menos acuciante, sobre todo de cara al futuro: el veloz y enorme *deterioro ecológico*. Es el deterioro de todo el ámbito vital, al cual pertenece y del cual depende la vida humana. Pero una vez más nos enfrentamos a mezquinos intereses económicos.

Lo más irritante de todo este culpable aniquilamiento es que complace y aun parece poco a los *malthusianos*, cuya ideología, disfrazada de científicismo, contaba hasta hace unos cuarenta años con pocos adeptos (por ej. Bertrand Russell), pero que ahora domina la práctica totalidad de los centros de poder y organismos internacionales y de los medios de comunicación¹². Sirva de muestra el que bajo el muy intencionado título de «Nada es impensable» el Dr. Maurice King propusiera en la influyente revista médica «The Lancet» (9-1990) el suprimir a los niños la rehidratación oral a fin de reducir la población¹³. Para David Foreman, de la organización «Earth First», el SIDA no es ningún mal, sino un acogible y natural medio de disminuir la población¹⁴. Frente a los malthusianos hay estudiosos como el historiador de la Sorbona *Pierre Chaunu* que denuncian que desde 1964 se ha venido produciendo un efecto implosivo o de retroceso en la demografía de los países ricos y de los comunistas que va a extenderse primero a Iberoamérica y después al resto del planeta. Según sus cálculos de 1980, confirmados en el 88 por Jean Bourgeois-Pichat, la autoextinción de la humanidad, si siguen vigentes las tendencias iniciadas, habría de acontecer en cuatro o cinco siglos¹⁵.

2. La identidad

Analizado con mayor detenimiento el valor previo más elemental y unificador, presentamos los demás, incidiendo igualmente en la gran repercusión moral de su factualidad biológica y psicosocial. Y es la identidad el primer valor en que se concreta la vida. Justamente lo orgánico se distingue por su identidad y autonomía individualizada, con lo que manifiesta mayor entidad, mayor fuerza de ser, es decir, mayor valor. En lo inmanente la identificación individualizada llega a su cumbre en la vida psíquica del ser humano, y en particular modo en su autoconciencia. La conciencia es no sólo una facultad para reconocer la identidad, sino incluso el ápice de la identidad. La conciencia de la propia identidad, como casi todo en el humano, requiere crecimiento y maduración. La maduración de la propia identidad humana y de su conciencia tiene lugar en la de los valores centrales de la democracia, pero exige una preparación, *una identidad base personalmente elaborada, consciente*.

¿Cuáles son las vertientes principales de la identidad base? Por grados de mayor a menor intimidad encuentro tres, perfectamente complementarias e inseparables. Primero, *la identidad personal*, que al hacerse consciente descubre ante todo la propia naturaleza humana y la dignidad personal, concretadas con una idiosincrasia indivi-

¹² Cf. AA. VV., (Club of Life), id- pp. 7-11

¹³ Cf. ib., p. 10

¹⁴ Cf. ib., p. 11

¹⁵ Cf. P. Chaunu, «El riesgo de la entropía demográfica», en J. L. Rubio y otros, *Mentira y robo a los pobres*, Madrid, 1990, pp. 33-45. Vid. P. Chaunu, *El rechazo de la vida*, Madrid, 1979, pp. 263-331

dual. En el tiempo esta percepción introspectiva se transforma en un proyecto¹⁶, al igual que las otras dos vertientes. En la persona sana los tres proyectos convergen y se sintetizan en uno solo, el de *la identidad global de la persona*. En segundo lugar, tenemos *la identidad familiar*, con la que se abre el reconocimiento de la dimensión más intensa de la intrínseca sociabilidad. Aquí aparece el significado no sólo de los familiares, sino también el de los amigos íntimos, esto es, el de todas las personas que consideramos «parte de nosotros» y de las que nosotros formamos parte. A la vez, como tercera vertiente, se va gestando *la identidad popular*, la de la persona alimentada por una cultura que ya supera el estado tribal (si no, sería identidad tribal), y que es fruto de la generaciones de familias. En la medida en que la persona gana conciencia de su ser popular y de ser miembro de un pueblo, puede aportar su colaboración al enriquecimiento de la cultura definidora de su pueblo y, con ello, al enriquecimiento de su individual identidad popular. Ésta abarca las tipicidades locales, regionales y nacionales, las cuales reclaman sus correspondientes autonomías tanto en la vivencia cultural como en instituciones de todo orden. Además, como miembro activo de un pueblo, se adquiere una visión más articulada del cosmopolitismo. Como ciudadano de un pueblo puede la persona sentirse ciudadano del mundo y de la historia. En su pueblo dispone de una atalaya desde la que cotejar con todos los demás pueblos, ver lo distintivo y la común humanidad. Esencial para la democracia es que el conjunto de los individuos, crecidos en sus identidades personales y familiares, cultive sus relaciones hasta constituir un pueblo y que se respete internacionalmente la identidad de cada pueblo. Sin pueblo no puede haber «poder del pueblo» o democracia, y el escaso desarrollo no permite a la tribu ser dueña de sí misma.

El humano necesita, para vivir con un mínimo sentido, saber y sentir quién es él, de quién es hijo, hermano, esposo, padre y amigo y cómo es su pueblo en sí y en relación a los demás.

3. La paz

La paz como valor previo consiste en *el estado armónico general que condiciona el poder aprovechar la vida y la propia identidad*. Desarrollada y concretada por los valores más específicamente humanos y democráticos, el estado de paz se «esencializa», se torna esencia, haciéndose hábito de autodomínio y virtud que define un modo de ser. El mero estar en paz se transforma en ser pacífico, que conlleva el transmitir o irradiar paz. Y dar paz es, en todo caso, sembrar y abonar vida. La cultura de la muerte es pesimista, mientras que la vida es esperanza. No puede haber paz fuera de una cultura de la vida, porque la cultura de la muerte es la guerra institucionalizada y porque es la vida la que porta toda la necesaria esperanza a la paz. La paz precisa no sólo de un presente armonioso, sino también de esperanza. La guerra es el estallido

¹⁶ Sobre la importancia del descubrimiento de la identidad individual como conjunto de metas aptas para la propia realización y como función específica de todos los valores vid. A. Cencini y A. Manenti, *Psicología e formazione*, Bolonia, 1988, p. 88. Aclaremos que, si estos autores pueden considerar la identidad una función de todos los valores, es porque la identidad misma es un valor básico.

Interesa también notar que es la identidad personal, la más íntima, donde puede descubrirse el núcleo de *la identidad religiosa*.

de la desesperación. Y para que la vida no se extinga y mantenga su identidad, la paz ha de vencer la guerra, el exterminio de la vida. La muerte resquebraja definitivamente la armonía de lo orgánico o vital. Pero la vida, muy en especial la vida humana, no se conforma de suyo con subsistir o ir esquivando la muerte ni con preservar el mínimo de identidad, sino que tiende a expandirse, o sea, a madurar en sí y a reproducirse. La vida, con su identidad, tiende a aprovechar toda su riqueza. Para ello debe disolver contradicciones, generalizar su armonía, debe encontrar la paz.

La paz humana es un valor de vivencia penetrante y embargadora. Es la paz consigo mismo, con su vida y con quien se es. Mas la paz, como la vida misma, constituye una conquista continua. La paz repele el conformismo y todo irenismo que comprometa la propia identidad. *La paz interior es lucha interior*. Necesitamos imponernos sobre toda incitación endógena o exógena que contradiga el proyecto de nuestra identidad global personal, a menos que sea una corrección o aportación armonizadora. Y, surgiendo de la paz interior e influyendo en ella, tenemos *la paz exterior*, que manifiesta la armonía o concordia social y que resulta imposible sin una fundamental justicia social. *Justicia y paz siempre van unidas*, tanto en el foro interno como en el externo, mas su unión viene a ser más patente exteriormente. La injusticia es contradicción, inarmonía, sólo engendra guerra. La justicia es adecuación a la naturaleza humana e implicaciones y, por ende, fuente de armonía, que, generalizada, constituye la paz. La paz debe ser la atmósfera que colme la familia, el pueblo, la humanidad y todas las instituciones, pero esto lo plasmará la democracia.

Partiendo de los principales atentados contra la vida, son amenazas o corrosión de la paz personal y comunitaria todas las clases de injusticias. Por la envergadura que ha adquirido, hoy es especialmente inquietante la carrera y el tráfico de armas cada vez más devastadoras. Muchos de los resortes que mueven el armamentismo, no son de simple pujanza nacional o ideológica, sino de desmedida ambición económica. En general, *un setenta por ciento de la humanidad sumida en una pobreza creciente y una minoría dominada por el consumismo y enjuta de ideales humanistas*, representan los mayores obstáculos para la paz. Una sensata propuesta de pacificación internacional es la de Battista Mondin y comprende cuatro vías. Primera es la de una reducción del nivel de bienestar, que no sólo permite la segunda, un incremento de la asistencia a los países pobres, sino que nos llevaría a recuperar el placer de vivir, libres de afanes inútiles. La tercera vía, el control de los armamentos, y la cuarta, una renovación cultural mundial humanista¹⁷.

4. El trabajo

El trabajo como valor, el trabajo auténtico, humano, el que vale, es *el desarrollo activo de la identidad posibilitado por la paz*. Sin paz, sería inarmónico y no propiamente nuestro, activo, acorde con nosotros. A nuestro proyecto le faltaría la coherencia. El trabajo es, en cuanto desarrollo de la identidad, un desarrollo de la vida, la cual, aunque posee mecanismos de crecimiento y expansión, también requiere, para

¹⁷ Cfr. B. Mondin, *Una nuova cultura per una nuova società*, Milán, 1982, pp. 327-335. Vid. AA-VV., *Carta dei fondamentali valori umani*, id., pp. 29 y 64. Vid. sobre la colaboración por la paz Juan Pablo II, *I credenti uniti nella costruzione della pace*, Ciudad del Vaticano, 1991.

ser verdadera vida humana, nuestra creatividad y esfuerzo. En el valor del trabajo se muestra claramente la unidad de los aspectos deber y derecho. La persona humana debe trabajar y tiene derecho a trabajar, ha de trabajar con esfuerzo y con gusto, no sólo de cara a producir bienes para su mantenimiento y comodidad, sino ante todo a fin de labrar el bien de su autorrealización como persona humana, un bien que en su intrínseca dimensión social es la democracia. Socialmente en particular, mas implicando a toda persona, la democracia constituye el desarrollo activo de nuestra identidad humana. *Nuestra principal tarea humana será pues, la del diálogo, el altruismo y la libertad, los tres valores centrales de la democracia*¹⁸.

Combinado con las exigencias de la dignidad humana, *el trabajo es la fuente de la legítima propiedad*, porque es lo que realmente crea riqueza o, con más precisión, moldea el aprovechamiento de la riqueza dada. Ahora, más importante que el aprovechamiento que pueda seguirse de la propiedad, y lo que más respalda la legitimación por el trabajo, es la huella de la propia identidad que el trabajo imprime en la obra. Usurpar el fruto del trabajo o su justa retribución constituye no sólo el robo de un objeto útil, sino sobre todo el robo de algo de una persona, de una plasmación de su identidad. Esto es lo que genera, bajo una aparente corrección legalista, la especulación disparatada y la usura, por las que sin crear riqueza se acumulan bienes ajenos, o sea, trabajados por otros. Si no se valora adecuadamente el trabajo humano, que es inteligente y personalizado, y su legítima propiedad, no se respetará la identidad de las personas, o, lo que es decir, no se respetará a las personas, ni sus valores. De este modo, *sin respeto por el trabajo, no se respetará ni existirá la democracia*.

Perduran, como es sabido, *las injusticias laborales de toda índole*: por parte de empresarios, que explotan a sus trabajadores; por parte de empleados, que pierden abusivamente el tiempo y no cuidan su labor, interesándose tan sólo por el sueldo; dentro de sociedades o entre gobernantes que minusvaloran ciertas labores muy dignas (p. ej. las humanidades) y sobrestiman otras; en el seno de culturas que hacen del trabajo productivo un fin absorbente (v.g. Japón); y en cierta tendencia de algunos pueblos (p. ej. meridionales) a dejarse llevar por la inactividad y la indisciplina.

En fin, lo importante es *crear en la propia vida personal y social este humus de vivencia moral que unifica los valores básicos de la vida, la identidad, la paz y el trabajo para asentar con solidez la vivencia de la democracia centrada en los valores del diálogo, el amor y la libertad*.

¹⁸ Como cualquier discurso humano, consciente o inconscientemente, también la estructura de los valores previos, centrales y consecuentes, responde a *un esquema ontológico*. La vida, la vida humana, encarna *el ser*, en el que tiene lugar todo el particularizado desarrollo. En el ser ya abrimos la distinción y el reconocimiento del *estar* y, en concreto, del estado actual de los acechos de la nada, de la aniquilación de la vida. Aunque el estar es más propio de las ciencias particulares, de él extraemos un complemento a nuestra visión del ser y a nuestro sentido práctico. En segundo lugar, la identidad expresa *la esencia*. Con la paz planteamos *la potencia* y con el trabajo, *el acto*. Como veremos, el diálogo nos incorpora a *la verdad*, el altruismo *al bien* y la libertad a *la unidad* de todo nuestro ser.

Sobre la persona como fin del trabajo y sobre la proyección religiosa de las obras humanas, vid. B. Mondin, id., pp. 292-310